

PROPUESTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE INTERCULTURALIDAD

CASO LA SIERRA NEVADA

Julio Marino Barragán

INTRODUCCIÓN

La imponente Sierra Nevada de Santa Marta controla buena parte del clima de toda la región, gracias a la montaña sagrada los huracanes no son tan devastadores como sí lo son por otras latitudes. Así como la Sierra, el departamento del Magdalena es una de las regiones culturales más ricas del país y de la cuenca del Caribe. En el Magdalena encontramos poblados típicos de la múltiple mezcla, del mestizaje de las sinnúmero de vertientes culturales que se arriesgan a venir por estas tierras, desde el cercano oriente, la esteparia Rusia, las yermas colinas andaluzas, las laderas santandereanas o tolimenses han llegado individuos y comunidades, es tal su riqueza que gran parte del afamado Carnaval de Barranquilla se debe a las danzas, comparsas, tradiciones y danzarines nativos del Magdalena. También hay asentamientos de comunidades afrocolombianas, herederas de los ya lejanos ancestros africanos, en los cuales suponemos que se esconden tremendos recuerdos también producto de los sancochos entre *yorubas*, *mandingas*, *carabalíes* o *bantúes*. Finalmente, aquellos que están aquí antes que todos nosotros, los demás: los pueblos indígenas, de los cuales tenemos cuatro: los *kággaba*, los *wíntukway* los *wiwa* quienes viven en la Sierra y los *ette ennaka* que viven en las llanuras del río Ariguani en el centro del

departamento. De ellos y en torno a ellos, es que pretendemos hacer algunas anotaciones y reflexiones que creemos pertinentes a la hora de plantear un escabroso Plan Nacional de Cultura.

En todo el país, y en la medida que más nos conectamos las regiones y países de este planeta, se reconoce con mayor fuerza el carácter tutelar que poseen los pueblos indígenas de sus territorios y de sus milenarios conocimientos, siempre refrescados ya sea por rituales o por la ingente necesidad de adecuarse a los incesantes cambios culturales generados por la cada vez más imperiosa relación con otras culturas, que en últimas parece o tiende a ser una descomunal avalancha de medios masivos de comunicación. En este escenario, y en este *in crescendo* reconocimiento, los pueblos indígenas del Magdalena tienen un rol protagónico y emblemático como pocos pueblos de este mundo. Este aspecto es soltado a los vientos por los demás pueblos indígenas de Colombia, ya sea por conveniencia o por, y creemos que así sea, el inmenso respeto que su convivencia con los demás seres de esta vida provoca en aquellos que sienten la necesidad de ser consecuentes con el discurso.

CARACTERÍSTICAS CULTURALES

Muy a pesar nuestro, nos toca hacer uso de las categorizaciones y esquemas propios de nuestra tradición gavetera de hacer conocimiento. Sobre todo porque estamos hablan-

* Antropólogo. Asesor de la organización Gonawindwa Torivona. Profesor de la Universidad del Magdalena.

do en los terrenos de lo más publicitado del hacer pensamiento por occidente en los tiempos recientes, es decir, la planificación. En el caso del departamento del Magdalena debemos distinguir a los pueblos indígenas de manera escueta en dos: los que viven en la montaña y los que están en el plan (no de cultura). Esta primera diferenciación se basa en el hábitat, en el dónde se vive o en dónde los han dejado vivir. Aquellos que viven en la Sierra Nevada, en últimas son los mismos de aquellos que en la misma montaña, están en los departamentos de la Guajira y Cesar; así, que a la hora de hacer un Plan, debemos antes que todo pensar en la complementariedad de nuestra región, de nuestro país y de nuestro planeta.

Un elemento común a los cuatro pueblos es su pertenencia lingüística a la macro familia chibcha, con marcadas diferencias entre sí.

Los *ette ennaka*, más conocidos como los chimilas, son aproximadamente unas 1.500 personas asentadas en un resguardo discontinuo de unas 1.600 hectáreas, principalmente en el recién creado municipio de Sabanas de San Ángel. Hay varias familias asentadas en los municipios de Pivijay, el Copey y Valledupar estos dos últimos en el departamento del Cesar, y algunos individuos regados por diversas ciudades del Caribe. Su lengua, el *ette tara*, es hablada cotidianamente en los núcleos familiares, aunque está el temor latente de poder perderla si el contacto con las comunidades campesinas vecinas se sigue acrecentando, al establecerse matrimonios interculturales.

El poblamiento característico del pueblo *ette ennaka* es el disperso, supeditado a las estaciones de lluvia y a los ciclos agrícolas. No existe en la tradición *ette ennaka* el concepto de poblado agrupado, sino más bien pequeñas concentraciones de vivien-

das entre familiares muy cercanos, manteniendo cada uno su vivienda de acuerdo a la familia nuclear.

La base de la economía es la horticultura, fundamentada en el maíz, la yuca, el guandul, los frutales y nuevos cultivos introducidos en el último siglo como el sorgo o el mijo. En las primeras tres décadas del siglo XX, se da una fuerte migración de italianos (Pisciotti, Paternostro, Mendinueta, Pezzano entre otros) y de colonos provenientes de otras regiones del Caribe, que ocupan la totalidad del territorio de este pueblo indígena, y de paso, introducen la ganadería con la des-



FIESTA DEL DESIERTO. FOTOGRAFÍA DE ELIZA MEJÍA.

trucción de las selvas inundables, hábitat original de la región. Pocos años después aparece el petróleo y junto a él, nuevas oleadas de colonos que finalmente despojan a los *ette ennaka* de sus últimos reductos, proceso usualmente acompañado por la violencia.

En medio de las desiguales y expoliadoras relaciones interculturales dadas entre el pueblo *ette ennaka* y sus vecinos terratenientes, colonos, campesinos, comerciantes, municipios y otros especímenes más, aún es posible observar cómo la cultura indígena subsiste en condiciones difíciles, signadas por la agresión y la persecución. La tradición de la medicina propia está vigente en el conocimiento de los médicos tradicionales, usualmente gente mayor que guarda en sus mentes la historia y el uso que ha de darse a las plantas, los ritos, bailes y cantos con los cuales se solicita el permiso a los ancestros y a los dueños espirituales, ritos que los acercan a *Nara Yao*, padre tutelar del pueblo *ette ennaka*. El uso de los sueños como principal procedimiento tanto de consulta a *Nara Yao*, como para la toma de las decisiones individuales y comunitarias sigue vigente en la cotidianidad *ette ennaka*, bajo los cánones colectivos que siempre han caracterizado este procedimiento.

Los tres pueblos indígenas de la Sierra Nevada que habitan en el departamento del Magdalena, ya empiezan a ser reconocidos por mantener, transmitir y hacer respetar su milenaria tradición cultural como pocos pueblos en el planeta. El apego y amplio conocimiento de su territorio tradicional, la fuerza de sus autoridades tradicionales, los *Mama* y los Comisarios, para el sostenimiento y guía de su pueblo, y la vigencia del conocimiento y la sabiduría de su cultura, son la carta de presentación de los *kággaba*, los *wíntukwa* y los *wiwa* ante todos noso-

tros. Los tres pueblos de la Sierra, a pesar de la presencia e ingentes intentos de colonización de su territorio, han logrado mantenerse bajo la tutela de sus principios y valores culturales, basados en la conceptualización de la relación de ellos con su entorno natural. *Yuluka*, *zhigoneshi*, *salzvinga*, *sewá*, *ezwama*, *shibaks* y muchos otros, son términos y conceptos que son la base -que podríamos denominar filosófica- en la cual se sustenta la sabiduría con la que estos pueblos han podido sortear los evidentes cambios, a través de la reinterpretación cultural como mecanismo de adaptación y adecuación a la relación por demás desigual que occidente siempre establece con sus otros.

Las pautas de asentamiento de los *kággaba* y de los *wiwa*, puede ser calificada como semidispersa, puesto que según los ciclos agrícolas dependientes de las temporadas y de las altitudes en las cuales se poseen fincas, cada núcleo familiar se mueve. De otra parte, existe una pertenencia por asentamientos, los cuales se ubican siguiendo los ríos que bajan de las partes altas de la Sierra. Estos asentamientos no son ocupados permanentemente, sino que se usan para los periódicos encuentros que se dan más o menos cada 21 días.

En el caso de los *wíntukwa*, son pocos los asentamientos conformados como tales. En la práctica, tan solo Nabusímake en el departamento del Cesar es el único poblado, que por demás sigue un trazado típicamente hispánico. La ocupación se da entorno a una *kankurwua* (casa ceremonial de los hombres), a la casa de gobierno u oficina, a la cocina comunal, al calabozo, a la escuela y al puesto de salud sí es que existen, espacios comunitarios que son usados en las reuniones que cada asentamiento programa. Como en el caso de los *kággaba* y de los *wiwa*,

también los *wíntukwa* ocupan la mayor parte de su tiempo en las fincas que poseen en los diferentes pisos térmicos.

Es sabido que la horticultura es la base de la economía de los pueblos indígenas de la Sierra. Cultivos como el plátano, el guineo, la yuca, la malanga, el ayo o coca, los frijoles, el guandul, el maíz, frutales, papa, arracacha y muchos más conforman la producción de las pequeñas fincas. A raíz de la recuperación de aquellas tierras usurpadas por los colonos, nuevos cultivos como el café hacen su aparición, incorporando sectores de la población indígena a la incipiente economía de mercado, con nuevos retos y nuevas respuestas para el pensamiento indígena de la Sierra.

POSIBLES PROPUESTAS

Es indudable que en medio de la tremenda historia de las relaciones entre los pueblos indígenas y occidente, usualmente representado por el Estado, es decir, aquel a quien le proponemos hoy estas directrices o prioridades para hacer su Plan Nacional de Cultura, las condiciones han sido siempre desfavorables, irrespetuosas, despectivas y agresivas para con los pueblos indígenas.

Los tiempos cambian o parecen cambiar: ahora tenemos una Constitución Política en la cual por primera vez en la historia contemporánea se hacen reconocimientos explícitos a la inmensa riqueza que para el país representan las múltiples variantes culturales basadas en los pueblos indígenas, se hacen claras manifestaciones en pro de la participación en las decisiones y en el ejercicio de la autonomía por parte de las autoridades tradicionales de cada pueblo indígena; se elaboran e imponen leyes donde se establecen garantías especiales para los pueblos indígenas, para algunos, más

bien muchos, privilegios desmedidos con una población francamente minoritaria. Pero recordemos en que país vivimos, una inmensa colcha de retazos, con algunos pocos dueños quienes en últimas terminan superando sin dificultades los nuevos obstáculos que las luchas y los procesos de los movimientos sociales, sobre todo los de los indígenas, han impuesto en la construcción caótica de nuestra nacionalidad.

Con estas escuetas consideraciones de nuestra realidad, el primer punto a resaltar en la construcción de un Plan Nacional de Cultura ha de ser la promoción y la interiorización en los corazones del respeto y la aceptación concreta, de que convivimos con otras culturas tan diferentes a la nuestra y que son nuestros compañeros de viaje hacia la modernidad. Precisamente, ellos pueden darnos excelentes lecciones de tolerancia, de comunidad, de solidaridad y armonía, supuestos valores del pensamiento moderno.

En segundo lugar, la urgencia de dejar plasmadas en los demás escenarios de planificación que este Estado, pretendiendo ser eficiente se ha inventado (por ejemplo, los POT, los Planes de Desarrollo Municipales y Departamentales, los Planes de Atención Básica en salud, los Planes de Educación, etcétera), las propuestas que cada pueblo indígena en su legítimo fuero ha ido elaborando, propuestas que en general giran en torno al control real de su territorio tradicional y al ejercicio de la autonomía de las formas de gobierno que cada pueblo ha construido por los siglos de los siglos. Estas propuestas siempre apuntan a que en nuestro país (y gracias que así sea) se haga evidente que existen otras y muchas más formas de concebir lo que en estos tiempos hemos dado en llamar desarrollo.

Es ahí, en concreto, donde los pueblos indígenas le han enseñado en demasía a los

demás sectores de la sociedad nacional, la posibilidad de que existamos como país. Para ello, lo étnico se convierte en la piedra de toque esgrimida por los pueblos indígenas y retomada por otros sectores de Colombia: los afrocolombianos, el pueblo *rom* y muy pronto, veremos muchas colonias venidas de otras latitudes, reivindicando sus patrones culturales basados en las identidades soporadas en la configuración colectiva dada por lo étnico. Por razones históricas, lingüísticas, territoriales y culturales, quienes mejor saben cabalgar en lo étnico, son precisamente los pueblos indígenas.

En estas épocas de incremento de la globalización y por las paradojas de la historia, del renacer de los nacionalismos, hablar de lo étnico es peligroso y hasta podrían tacharnos de retrógrados. En un país como Colombia, donde la construcción de país y de identidad para muchos parece supeditarse a los partidos de la selección de fútbol, nos toca buscar en nuestra realidad las razones del supuesto desarraigo. Es ahí cuando vemos en lo étnico un tremendo potencial para poder vernos en la diversidad, la construcción de una identidad nacional, regional y hasta local, mucho más allá de la disputa.

Precisamente, los pueblos indígenas nos han dicho muchas veces que la unidad nacional está en la diversidad cultural; y ya es hora de pasar del discurso a la *praxis* de ese tremendo concepto, no sólo como hemos concebido las expresiones y manifestaciones culturales, como aportes estéticos y artísticos menores, sino y sobre todo, como, eso sí, bellísimos y novedosos modelos de convivencia, de desarrollo y de vida.

A la hora de elaborar los tan de moda planes de desarrollo y demás especies y subespecies, también los pueblos indígenas han tenido

que agachar la cerviz para poder acceder a las mieles del desarrollo y del espejismo de bienestar que onnubila a occidente. Desde hace unos ocho años, varios pueblos indígenas empezaron a asumir la elaboración de los que se han denominado Planes de Vida o de Permanencia Cultural, lo que ha generado al interior de cada pueblo refrescantes discusiones en torno a su perspectiva de vida. Obvio que el debate se polariza entre la aceptación o adaptación de una extraña mezcla de principios propios y valores occidentales de futuro, o el fortalecimiento de sus lineamientos tradicionales en medio de nuevas relaciones con culturas diferentes en escenarios cambiantes. En semejante ambiente lleno de vitalidad están los pueblos indígenas. Sólo con ese ánimo debemos mirarnos en ellos para mejorar este absurdo y deprimente estado de desgano de nuestra sociedad.

Este panorama obliga a la tercera y cuarta propuestas, o sea, la necesaria y evidente adecuación del Estado para poder cumplir con los mandatos constitucionales en lo referente a los pueblos indígenas. Dicha adecuación debe empezar con la existencia de funcionarios y dependencias sensibles al trato y relación con los pueblos indígenas, para lo cual la formación académica debe reformularse desde la educación formal básica hasta la superior. Es decir, incrementar los estudios y la investigación de los aportes étnicos en la configuración de nuestra regionalidad y por supuesto, de nuestra nacionalidad. Ampliar los espacios para la divulgación de nuestro espectro étnico, más allá del *show* de los gobernantes de turno, adentrándonos en la sana pero ferviente discusión sobre las relaciones interculturales, sin las cuales difícilmente podremos decir que somos magdalenenses.

